

EL PROBLEMA DEL TRASPLANTE DE CONCEPCIONES EUROPEAS SOBRE LA DEMOCRACIA A SUDAMERICA

por LOTHAR BOSSLE

Cuando Richard F. Behrendt, sociólogo alemán especialista en desarrollo, que después de la Segunda Guerra Mundial dictaba cátedra en la Universidad de Berna, publicó en 1956 su ensayo sumamente realista "Problem und Verantwortung des Abendlandes in einer revolutionären welt" (Problema y responsabilidad de Occidente en un mundo revolucionario), en Europa amplias esferas tenían aún la optimista convicción de que ahora al fin comenzaría una era democrática que abarcaría todos los continentes y culturas. Esta creencia de ese tiempo probablemente se debió ante todo a la suposición de que después de la derrota del sistema nacionalsocialista realmente ningún poder podría aún oponerse a la expansión mundial de la democracia como forma política estatal y de vida.

Se tenía la plena seguridad de que la victoria de las democracias occidentales sobre el totalitarismo demoníaco del nacionalsocialismo en último término representaba un signo de la historia y que la condición invencible de la idea democrática realmente ya no estaba sujeta a ninguna duda. Hitler y la Segunda Guerra Mundial, desencadenada por él solo, habían interrumpido el proceso de expansión democrática que desde fines de la Primera Guerra Mundial había comenzado con gran empuje. Así se pensaba entonces. Parecía que la vía para acelerar la velocidad del viaje a la era democrática se encontraba definitivamente libre.

Behrendt, quien durante sus años de exilio en los Estados Unidos de América, como asesor del Banco Mundial y también en su calidad de profesor en Panamá conoció muy de cerca y por propia experiencia el subcontinente latinoamericano, ciertamente no compartía esta euforia democrática, al igual que otros conocedores de las condiciones sudamericanas. Basándose en reflexiones comparativas de sociología cultural, también sabía muy bien que el revolucionamiento social en el desarrollo de los Estados de Latinoamérica hasta ese momento sólo era resultado de la importación de ideas y voluntad de producción europeas. Pero ya entonces presagiaba el peligro de que Europa cometiera un gran error al creer que el Tercer Mundo pudiera llegar a ser una copia social y política de Occidente (1). En efecto, ya en ese tiempo se había llegado a reconocer en forma irrefutable que en el movimiento de liberación latinoamericano que había aparecido a principios

(1) Richard F. Behrendt: *Problem und Verantwortung des Abendlandes in einer revolutionären Welt*, J.C.B. Mohr (Paul Siebeck) Verlag, Tübingen 1956, pág. 27.

del siglo XIX sólo había operado un traspaso de las ideas importadas de Europa a los Estados Unidos de América con su apasionamiento revolucionario, pero sin la realidad social y estatal. En Sudamérica encontramos en todas partes el tono grandilocuente de la revolución, especialmente en México, que desde 1921 es gobernado en una sucesión ininterrumpida por un solo partido de la revolución institucionalizada. Sin embargo, el desarrollo de Sudamérica después de la liberación de la dominación española y portuguesa no transcurrió por vías revolucionarias, sino más bien restaurativas.

Es conocido el estremecimiento personal que sintió Simón Bolívar al ver su propia obra de liberación. Las formas de Estado y constitución que se cristalizaron poco a poco después de conquistar la soberanía eran generalmente dictaduras militares, ya que, como es sabido, en todos los Estados jóvenes, que no tienen tiempo para desarrollar instituciones que controlen el poder, a los menores signos de una crisis —o de un vacío— el Ejército se siente llamado a asumir el poder. Este fenómeno de que a la conquista de la soberanía nacional y al entusiasmo por las ideas democráticas suele seguir la instauración de un sistema militar, desde el siglo XIX demostró tener en Latinoamérica una regularidad continua y también se ha repetido en el siglo XX en el África y Asia. La liberación de un país de la dominación colonial efectivamente es ganada en dura batalla por un tribuno popular como Bolívar, Nkrumah, Ben Bella, Sukarno, Lumumba; el producto, sin embargo, lo cosechan los generales y suboficiales: Suharto, Boumedienne, Idi Amin, Mobutu. Bolívar, a quien sólo su prematura muerte preservó de haber sido privado del poder, cosa que parece tener la regularidad de una ley, muy pronto después de haber coronado de éxito su batalla por la liberación supo aquilatar correctamente este peligro. Por eso escribe a Santander, jefe del Ejecutivo: “Tengo más temor ante mi amada patria que ante toda América. Antes me creo más capaz de gobernar el Nuevo Mundo que Venezuela” (2).

Así, pues, ya es tiempo que nuestra comprensión europea de las condiciones previas imprescindibles para el desarrollo de una democracia comience a entender que toda transición a una libertad no medida siempre puede conducir a una nueva ausencia de libertad. Por eso deberíamos descubrir finalmente el concepto de Aristóteles de que la existencia de una democracia está ligada imprescindiblemente a la existencia de capas sociales medias, tal como se presentan en una clase media profesional, una clase de funcionarios capacitados e incorruptos, una clase de profesores bien formados y un cuerpo de oficiales cultos. Estas son las condiciones previas elementales para construir una democracia y sencillamente no pueden ser descartadas. El europeo que ahora se apreste a llevar la felicidad a los Estados de Latinoamérica con nuestros conceptos del desarrollo hacia una democracia viable, debería en primer lugar tomar conciencia de que este proceso de cristalización de las capas medias que se saben obligadas por una ética de servicio y productividad, en Europa hubo de realizarse a lo largo de unos dos siglos en el Estado territorial de gobierno absolutista. Así, pues, las democracias se sustraen a la fabricación en un rápido proceso de producción, sin importar dónde esto se trate de realizar.

(2) Cita según Gerhard Masur: Simon Bolivar und die Befreiung Südamerikas, *Südverlag* 1949, pág. 556.

Sudamérica ha podido disponer de un tiempo de aproximadamente doscientos años para llegar a las riberas de una democracia estable. Aun podría haber sido un camino más fácil que el de Europa, en vista de que ya no se trataba de explorar tierras desconocidas, sino que sólo había que imitar el ejemplo europeo. Podría haber sido, pues, una importación de ideas, sin problemas. Pero las imitaciones siempre fracasan cuando las situaciones de partida son diferentes.

En cuanto a las perspectivas de éxito que podrían resultar de una importación de la democracia europea, no se debe olvidar que durante las conquistas se transportó pensamiento español y portugués y no europeo occidental a Sudamérica. Esta necesaria diferenciación nos ayuda un poco para cerciorarnos de que el concepto de Occidente se basa ciertamente en la comunidad de la cultura cristiana, pero Europa jamás ha podido crear una unidad espiritual de derecho constitucional y de derecho político. Por tal motivo, es ésta una pregunta de primera prioridad: ¿qué tipo de democracia europea se debe trasplantar a Sudamérica si es que desde allá así lo desean? ¿Es que a una oferta europea corresponde una expectativa unánime de Sudamérica? ¿Cuál es el modelo de democracia europea que buscan los pueblos de Sudamérica, cuando nos ponemos a observar la autorrepresentación de las democracias europeas como se ha conocido hasta ahora?

En estos esfuerzos recíprocos de sudamericanos y europeos se produce una dificultad que nosotros pasamos por alto con demasiada ligereza, porque el concepto de democracia en Europa se basa inequívocamente en la antigüedad griega y romana. Sudamérica, sin embargo, no fue conquistada por franceses, ingleses, holandeses y alemanes, sino por España y Portugal. Por eso jamás debemos olvidar que el espacio cultural ibérico, que sin duda fue un baluarte de defensa de Occidente contra la invasión de los moros y sarracenos, en ningún caso se encontró dentro del contexto de desarrollo general de las democracias de Europa occidental. Entre los pocos pensadores y escritores que durante nuestro siglo han hecho hincapié en esta diferencia, está el poeta alemán Reinhold Schneider, fallecido en 1958. El pensaba que constituía una violación del Santo Imperio Romano de Naciones Alemanas el que Europa, en su centro, se entregara a las ideas de la Ilustración y de la división de poderes y no adoptara el llamado místico de España y Portugal, que clamaba por la creación de una unidad cultural y metafísica de Europa. Reinhold Schneider se refirió más que nada a la obra del filósofo español Miguel de Unamuno, de quien dijo que había encontrado "el valor de asumir el conflicto irreconciliable, la tragedia, pero envuelto en el manto de una esfera mística que no fue accesible a Nietzsche" (3). Para Unamuno, el sentimiento de cultura y vida de los pueblos hispánicos no se encuentra en la "brutal claridad de la ratio", sino en "la fe como un poder benéfico que posee su propia verdad, aunque ello sea en el crepúsculo como reino de la compasión" (4).

(3) Reinhold Schneider: *Verhüllter Tag*, Herder Verlag, Friburgo-Basilea-Viena 1960, 2ª edición, pág. 58.

(4) Friedrich Schür: *Miguel de Unamuno, der Dichterphilosoph des tragischen Lebensgefühls*, Francke-Verlag, Berna-Munich 1964, pág. 94.

Por tal motivo no deberíamos olvidar, al querer trasplantar la democracia europea a otras culturas y continentes, que el espacio geográfico y espiritual —en que la idea del estado de derecho democrático obtuvo su fuerza formativa digna de ser imitada— se encuentra ante nosotros en Europa occidental y no en Europa meridional ni tampoco en Europa central. Europa occidental, esto es, Inglaterra, Francia, Bélgica y los Países Bajos, países que, al contrario de la Península Ibérica, se consideran la cuna del racionalismo y la Ilustración y en los cuales se originaron la idea del derecho natural y la teoría de la división de poderes. Fue exclusivamente esta concepción de democracia europea occidental que en los Estados Unidos de América se arraigó firmemente hace doscientos años.

Fueron Montesquieu y John Locke y no Donoso Cortés ni Unamuno, cuyas doctrinas representaron la parte integrante digna de imitación para importar la democracia de Europa a otros continentes. La primera constitución del Nuevo Mundo, la Constitución de Virginia del 12 de junio de 1776, se basó expresamente en la doctrina de Montesquieu. Es única y exclusivamente el modelo occidental de democracia el que se ofreció para su trasplante a otros continentes. Del desastre de las democracias española y portuguesa antes de Franco y Salazar, en cambio, no pudo salir ningún estímulo democrático para los pueblos sudamericanos.

Pero no sólo los dos Estados ibéricos, sino Europa meridional en general adoptaron relativamente tarde la tendencia democrática aceptada en nuestro continente y hasta hoy día existen serias dudas de que el apasionado temperamento de los griegos, italianos y españoles pueda permanecer por mucho tiempo en las tranquilas playas del diario vivir democrático. La situación de los países que se encuentran en el umbral del desarrollo, situación en que hasta hoy día se mantienen Grecia, Italia, España y Portugal porque aún deben recorrer trayectos considerables en el camino a una estructura social industrial, aumenta el peligro de que pudieran estallar procesos regresivos antidemocráticos. El flanco meridional de Europa que hace años parecía ser un baluarte de tradiciones sociales y estatales, hoy día se debe considerar, tanto en la imponderabilidad de su desarrollo interno como también por preocupaciones estratégicas, como una zona de considerable peligro. ¿Cómo se podría entonces pensar en ofrecer a los países de Sudamérica la imagen poco clara de la silueta inestable de Europa meridional, como un artículo de importación europeo?

Por lo demás, sabemos que los Estados de Sudamérica observan con mucho más seriedad los síntomas de crisis en algunas democracias europeas, que nosotros mismos. La alusión, no sólo incidental al fracaso de las democracias europeas, con no poca frecuencia se relaciona con el rechazo del papel de consejeros que asumen ciertos políticos de Europa. Ignorantes, arrogantes y de juicios precipitados, en especial cuando proceden de la RFA, tratan de recomendar a los Estados de Sudamérica medicinas de efecto inmediato para la digestión de la milagrosa leche democrática.

Por eso, no puede partir ninguna recomendación de Europa meridional para trasplantar a Sudamérica su situación política actual de una democracia que en ningún caso se encuentra firmemente establecida. Más bien parece amenazar el peligro de que los problemas sudamericanos pudieran estallar

repetitivamente en algunos países de Europa meridional. Con toda seguridad resultará un conflicto si Papandreou sigue desgastando la Constitución griega y si sus adeptos radicales siguen exigiendo impacientemente la instauración de una sociedad socialista que ya no estaría dispuesta a revisiones; si Felipe González se ve obligado a polarizar aun más la política interna de España para satisfacer la avidez ideológica de sus partidarios radicales y si un ministro de Relaciones Exteriores demócratacristiano que inalterablemente piensa en forma distorsionada en Italia, conjura peligros teutónicos y presta su comprensión a las amenazas terroristas en vez de preocuparse de la erosión estructural de su partido y de la sociedad italiana. Las fallas actuales de los políticos burgueses en los Estados del Sur de Europa realmente son reflejo fiel de la escena chilena de 1970 a 1973, cuando Allende les hizo tan pícaro jugada a los crédulos demócratacristianos chilenos, tal como Hitler lo hizo en 1933 con el partido de centro alemán y tal como Papandreou hace algún tiempo le dio el puntapié a Karamanlis, quien secretamente le sujetaba el estribo (5).

Europa del Sur hasta hoy no ofrece un ejemplo convincente de estabilidad y continuidad democrática que pudiera ser transferible. Sin embargo, por la similitud que está a la vista en los aspectos histórico, espiritual, cultural e incluso climático, Sudamérica mira con mucha atención hacia la situación de los Estados de Europa del Sur. Pero desde allí sólo se emite una señal que no puede estimular a Sudamérica a democratizar decididamente su estructura estatal y social.

En lugar de todo esto, ¿qué especies democráticas extraídas de su historia y su presente puede ofrecer Europa central al subcontinente sudamericano? También la historia de Europa central sólo presenta muy pocas campañas democráticas victoriosas. Las derrotas y las pérdidas dolorosas, en cambio, son mucho más numerosas. La expansión del Este hasta el río Elba desde 1945 ha forzado a que la figura de Europa central ahora se pueda comparar con un tronco que sólo se mantiene unido por partes integrantes de habla alemana, pero despedazadas en su forma estatal. Alemania dividida, Austria amputada, Suiza que por su carácter políglota está unida al Sur, al Oeste y al centro de Europa, ese es el sitio geográfico en que se espera encontrar a Europa central. Pero un mensaje espiritual y político que pudiera servir como artículo de exportación a otros países, ¿podemos realmente seguir pensando en ello?

Actualmente suele producirse una angustiada perplejidad al recordar las declaraciones demasiado despreocupadas de dos conocidos escritores alemanes, que en el mismo año de 1916 aún consideraban que Europa central tenía una misión de cura salutaria para el mundo. Friedrich Naumann en su libro "Mitteleuropa" (Europa central) veía entonces el sentido de la Primera Guerra Mundial en la unión estatal del núcleo de Europa central, es decir, "los alemanes y la monarquía austro-húngara del Danubio". Este pensador y político social-liberal veía en la creación de este Estado unitario la prueba histórica de Europa central (6). Thomas Mann describe en forma bastante

(5) Lothar Bossle: *Allende und der europäische Sozialismus*, 2ª edición, Würzburg, 1981.

(6) Friedrich Naumann: *Mitteleuropa*, 86-100 ml, Berlín 1916, pág. 9.

exagerada en sus "Betrachtungen eines Unpolitischen" (Reflexiones de un apolítico) la naturaleza diametralmente opuesta del carácter del europeo central y el europeo occidental. El hombre centro-europeo, el hombre alemán, según Thomas Mann posee todas las cualidades anímicas profundizadas de las que carece el hombre europeo occidental, condenado a la decadencia. De los franceses e ingleses sostiene que tendrían una "politización del espíritu", una falsificación del concepto de espíritu en el de la ilustración de Besser, de la filantropía revolucionaria. A Europa central, en cambio, Thomas Mann le atribuye con ilimitada y ciega confianza que no habría falsificado el espíritu por la política.

Así, pues, el pensamiento centro-europeo difiere por todos los aspectos del de Europa occidental, de modo que sólo podemos sentir desconcierto al leer de la pluma del Thomas Mann de ese tiempo: "La diferencia entre espíritu y política contiene la diferencia entre cultura y civilización, entre alma y sociedad, entre libertad y derecho a voto, entre arte y literatura y los alemanes, es decir, la germanidad, es cultura, alma, libertad, arte y no civilización, sociedad, derecho a voto, literatura" (7).

Por estas diferenciaciones sumamente exageradas Thomas Mann había creado una profunda zanja con sus escritos. En Europa central y Europa occidental —a principios del siglo XX— aún existía entre ellas una diferencia que, al estallar la Primera Guerra Mundial en 1914, hizo constatar a Werner Sombart que los ingleses eran el pueblo de los comerciantes y los alemanes, el de los héroes.

En la Primera y la Segunda guerras mundiales las potencias occidentales demostraron ser la imagen guía de la democracia con una fuerza mucho mayor que el modelo centro-europeo de ordenamiento estatal. Probablemente sea uno de los grandes logros históricos de Adenauer, el que después de 1945 haya incorporado lo que restaba de Europa central, la República Federal de Alemania, a Europa occidental y a la comunidad atlántica, no sólo en lo político y militar, sino también en su orientación espiritual. Al tratar de comprender en todo su peso histórico y filosófico, la inclusión de la RFA en el complejo de Europa occidental, ahora se podrá ver en este proceso la despedida de la idea de que Europa central tenía una misión especial. Pero tampoco Europa occidental ofrece una imagen unitaria de democracia que se pudiera recomendar a Sudamérica para su imitación con la seguridad de un hombre de negocios, convencido del éxito de sus operaciones.

Desde un punto de vista científico, ya no puede haber ninguna duda de que la experiencia adquirida y confirmada de las democracias europeas conlleva un afianzamiento más decidido del Estado constitucional representativo. Justamente en el país tronco de la antigua Europa central, la República Federal de Alemania, nació después de 1945 un Estado constitucional que acentúa el carácter indiscutiblemente representativo (8). Para este efecto

(7) Thomas Mann: *Betrachtungen eines Unpolitischen*, en: *Politische Schriften und Reden*, 1^{er} tomo, *Fischer-Bucherei*, Frankfurt 1968, pág. 23.

(8) Ernst Fraenkel: *Deutschland und die westlichen Demokratien*, 4^a edición, *Stuttgart-Berlin-Colonia-Maguncia* 1968.

no sólo fue necesario recordar las debilidades estructurales propias de la Constitución de Weimar y de la Cuarta República francesa. Todos los pensadores que conciben la democracia no como teoría sino como realidad humana prefieren el modelo de democracia representativa, indiferentemente que se sitúe en Europa, en los Estados Unidos de América o en América del Sur.

Cuando Gerhard Masur publicó en 1949 su monumental biografía de Bolívar en idioma alemán, se declaró partidario de la misma concepción de democracia que también fue el ideal del héroe de la liberación de Sudamérica: "La organización política de la libertad encuentra su expresión en la democracia, pero la democracia debe encontrar el equilibrio entre las exigencias de la libertad y aquellas de la estabilidad y efectividad o en otro caso conducirá a la anarquía"(9). Es ésta una concepción de democracia que ve en los conceptos de libertad y orden una complementación y no un contraste, esto es, justamente el modelo de la democracia representativa (10).

Es verdad que forma parte del desarrollo extremadamente lamentable de Europa después de la Segunda Guerra Mundial que la democracia representativa, aunque ha probado su solidez en la práctica, desde la década del 60 ha perdido partidarios en su fundamentación teórica. En la concepción socialista y democrática de bases, es manifiesta la preferencia por el modelo de democracia plebiscitaria inestable. En realidad, los políticos y hombres de Latinoamérica debieran sentir más desconfianza porque justamente la izquierda europea, que hasta el día de hoy tiene grandes dificultades con la democracia representativa, constantemente les da consejos no solicitados sobre la introducción de un sistema parlamentario. Las democracias europeas, en que realmente se puede vivir, no se desarrollaron en el espíritu de Marx y Hegel, sino de acuerdo a las ideas de Montesquieu y John Locke y de un modo estabilizador.

Los consejos de políticos exteriores y estrategias del desarrollo autonominados sólo despiertan expectativas que necesariamente han de producir decepción, pero que no crean realidades, y no importa que esto sea en Europa o en Sudamérica. Los europeos —y especialmente los alemanes— en conjunto no tenemos ningún derecho de querer impartir lecciones de democracia a otros pueblos, ya que también en nuestra tierra esas lecciones se basan en utopías e ilusiones y no en estimaciones realistas del desarrollo pasado y futuro de la democracia.

(9) Gerhard Masur: op. cit., pág. 12.

(10) Lothar Bossle: *Demokratie ohne Alternative*, Stuttgart 1972.